

## La construcción de una nueva estética conservadora en *La gaviota* (1849) de Fernán Caballero

Mikel Lorenzo-Arza

Este artículo analiza cómo *La gaviota* (1849) presenta elementos de lo que Antoine Compagnon define como espíritu antimoderno y que aflora en “los que avanzan mirando el retrovisor” a la manera de una conciencia que sobreviene contra la voluntad individual a medida que el tiempo histórico avanza (24). Si el carlismo aspira a una restauración total del Antiguo Régimen (derecha reaccionaria/derecha radical) e incluso tiende a la violencia cuando la coyuntura histórica lo permite, el conservadurismo de Fernán Caballero comparte la antimodernidad de la derecha más radical, pero asume la contemporaneidad del liberalismo como un mal de su tiempo. Para Caballero, el espíritu moderno redacta constituciones y otorga derechos, pero también subvierte el sentido originario de la política tal y como había sugerido Joseph de Maistre (1753-1821): “El hombre puede sin duda plantar una semilla [. . .] pero nunca ha pensado que podría hacer un árbol” (“*Considérations sur la France*” 143). El hecho de que solo Dios pueda crear un árbol otorga al pensamiento contrarrevolucionario una raíz divina que le libera de cualquier antagonismo con la modernidad revolucionaria y le permite definirse como una superación de esta y con un proyecto propio. Nuestra escritora participa de esta idea de lo contrarrevolucionario como lo contrario de la revolución cuando sanciona el libertinaje de María Santaló (la gaviota) en su deriva vital. Su comportamiento desafía lo que Maistre califica como la meta política: la esencia metafísica y teológica de la política (*Essai* 35).

A partir de 1816, Caballero ha forjado su ideario conservador y gran parte de su producción literaria recoge algunos de los acontecimientos más relevantes del momento. La aparición de *La gaviota* recoge todavía los ecos de la *Querrela Calderoniana* donde Nicolás Böhl de Faber reivindica su conservadurismo literario frente a liberales como Alcalá Galiano o Joaquín Mora.<sup>1</sup> En esta novela, la escritora materializa gran parte de su ideario antimoderno en sus críticas a la moral burguesa, al liberalismo, al dinero, a la falta de religiosidad y, en definitiva, a ciertos valores “positivos” que irrumpen en el horizonte. A través de las intervenciones de la tía María o de Rosa en la novela, manifiesta Fernán Caballero esta visión del liberalismo como moda pasajera que todo lo altera: “Hermano Gabriel—replicó la tía María—desde la bendita Constitución, todo se vuelve cambios, mudanzas” (28). La trama, los personajes y las metáforas de la novela se acomodan al deseo de batallar al racionalismo ilustrado sin que esto implique para el conservadurismo perder posiciones estratégicas en el

tablero político del período isabelino (1833-1868). La gaditana fallece antes de las disputas más enconadas dentro del bloque conservador en las postrimerías del Sexenio Revolucionario (1868-1874). Entonces los neocatólicos de Donoso Cortés y Jaime Balmes polemizan con el liberalismo doctrinario (el moderantismo) de Alcalá Galiano. Este emana del liberalismo decimonónico como una solución intermedia entre tradición y evolución que los liberales exiliados recogen a su vuelta de Inglaterra y Francia durante el Trienio liberal (1820-1823).

El período isabelino (1833-1868) aprecia el carácter transaccionista del moderantismo, pero esto enerva a los sectores más integristas de los que emergen Antonio Aparisi y Guijarro, Alejandro Pidal y Mon y Cándido Nocedal para fundar el partido integrista ya en plena Restauración. La obra de Caballero aparece cuando el conservadurismo, en sus diferentes variantes, navega por las complejas coordenadas sociopolíticas del período isabelino. La novela coincide con los conflictos internos entre los diferentes bloques liberales y absolutistas en relación con el alcance del poder real, los límites entre la esfera religiosa y la política o incluso el modelo de Estado liberal. Consideramos que *La gaviota* antecede en su estética literaria al conjunto de novelas ideológicas que proliferan en la Restauración y que se definen por articular sus argumentos en torno a la defensa de una serie de valores. Estas novelas requieren de un discurso político para ser entendidas, tal y como desarrolla Ignacio Javier López en *La novela ideológica (1875-1880): La literatura de ideas en la España de la Restauración* (43-69). Cabe destacar esta cita de Patrick Gallagher al respecto:

*La gaviota* is much more interesting than a tale of immorality punished, however, and a general critical unwillingness to look beyond the author's conservative didacticism has obscured the novel's complexity with many of the pressing political questions of the time: the dismantling of church possessions, the first Carlist rebellion, the adoptions of the liberal constitutions, democratization and, in the closing chapters, the European wide revolution of 1848. (591)

Hay espacio en la novela para todos los grandes temas del momento: desde el influjo de la cultura burguesa y racionalista en la vida cotidiana hasta el cuestionamiento de las desamortizaciones o los debates sobre la propiedad privada tras las oleadas democráticas de 1848 (González Troyano 656-75; Álvarez Junco, "La invención" 75-99; Cantos Casenave 129-42; Langa Laorga 141-61; Zavala 5).<sup>2</sup> El tono sosegado de *La gaviota* transmite la impresión de que se puede convivir con la cultura liberal a la par de que se le pelean espacios de poder; atrás queda la brusquedad del período fernandino (1814-1833), liderando un estéril reformismo de corte prusiano que sólo acalora más los debates (Burdíel, "Old and New Liberalism" 75). *La gaviota* inaugura un conservadurismo que no rehúye el debate; proliferan discusiones con opiniones enfrentadas donde sutilmente se posiciona a los lectores sobre valores "positivos," como la falta de religiosidad, el materialismo o el desapego con la tradición y la familia (13, 20, 25, 28, 151, 290-91).

El antídoto de la escritora gaditana es el retorno al pueblo y a sus virtudes tradicionales siguiendo las tesis contra el racionalismo que promulga Novalis en *Die Christenheit oder Europa* (55-56, 62-63, 96-97, 132-33). La vida europea debe retornar a las fuentes

primigenias de un cristianismo que tuvo su época dorada en la Edad Media. Después llegan la Reforma y la Ilustración para desunir a la humanidad que los Chateaubriand o Lammenais aspiran a recomponer con una nueva comunión religiosa. La religión y el sentimiento patentados por el romanticismo más reaccionario son las vías para superar esa visión mecanicista de la realidad instaurada por el racionalismo (Berlín 124). Otra influencia determinante proviene de Edmun Burke y sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa* (1790) como texto que niega la posibilidad de que el liberalismo cimente una base moral y cultural para cualquier sociedad humana. Según la novelista, solo la tradición y la religión aseguran la estabilidad de una sociedad en su constante evolución por los cauces de la Historia (*La gaviota* 20, 25, 35, 38). El orden social fluye naturalmente, apoyándose en el pasado y proyectándolo hacia el futuro. Por supuesto, el garante de este movimiento histórico es el pueblo que resguarda las esencias de un nacionalismo cultural de corte schlegeliano.

Para Caballero, el carácter disgregador e individualista del liberalismo amenaza su concepción orgánica de la nación que, a su entender, presenta una serie de rasgos inmutables a lo largo de la Historia. La preservación de estos rasgos asegura el mantenimiento de la identidad nacional. En este sentido, el peso del romanticismo alemán, a partir de las opiniones de Schlegel sobre el teatro español del Siglo de Oro, tiene un influjo fundamental en ella, especialmente, por herencia paterna, tal y como han estudiado en sus trabajos clásicos María L. Quiroz Taub, “Estética literaria alemana en *La gaviota*,” y José Luis Varela en “Fernán Caballero y el *volksgeist*.” De esta manera, *La gaviota* es la expresión de ese romanticismo contrarrevolucionario que tiene su anticipo en la famosa *Querrela Calderoniana* donde Nicolás Böhl de Faber reivindica un pensamiento político y literario “castizo.” En este sentido, Caballero sigue el ejemplo de otros autores católicos franceses en la propagación de ideas conservadoras dentro del sector más conservador del moderantismo isabelino. Las elogiosas reseñas de Eugenio de Ochoa acrecientan su prestigio entre 1849 y 1868, y anticipan su progresiva canonización como autora de culto gracias, entre otros, al ministro neocatólico Cándido Nocedal. En la década moderada (1844-1854), nuestra autora cuenta con el apoyo de políticos, académicos y periodistas, que son antiguos liberales doceañistas ahora proclives de doctrinas más conservadoras y con cargos relevantes en la política y la academia. Estos liberales moderados aprecian el talante de nuestra escritora y aspiran a convertirla en un referente que pueda liderar un proyecto sólido para el país a la manera de lo que harían unas décadas más tarde, por ejemplo, los krausistas.

La serenidad de Fernán Caballero contrasta con el espíritu exaltado de su padre, pero también con los dramas románticos de Hartzenbusch, del duque de Rivas o la novela histórica de Larra.<sup>3</sup> Nuestro artículo encuadra la singularidad de la gaditana dentro de la total subordinación de su poética al remozamiento del pensamiento conservador que ella considera ineficaz para los tiempos actuales y que solo puede renovarse inoculándole ciertos argumentos antimodernos. Paradójicamente, esta antimodernidad es la que le permitirá debatir sobre la modernidad (Caballero, “Álbum literario” 203). Este artículo reivindica su contribución a la forja de una de las tradiciones del conservadurismo español que desemboca en el moderantismo español y posteriormente el canovismo (González Cuevas 18). Bien es verdad que la flexibilidad de Caballero con la modernidad no menoscaba su esencialismo nacionalista que reverbera en el famoso brindis de 1881 de Menéndez Pelayo. El

bicentenario de la muerte de Calderón de la Barca despierta un importante fervor patriótico que resuena, especialmente, en el mundo conservador y que se manifiesta en múltiples homenajes. El discurso del cántabro se origina espontáneamente en uno de ellos y tiene un especial eco en la prensa. Siete años más tarde Cándido Nocedal funda el partido integrista y así reproduce Francisco Javier Gómez Díez parte del discurso: “Yo creo que una raza y un pueblo deben aceptar todas las grandezas y adelantos de otras razas y pueblos, pero sin renegar de su historia ni de su Dios, ni de su Patria; antes bien: viviendo de la savia de sus antiguas tradiciones que no excluyen ninguna mejora ni progreso legítimo” (49).

Con esta proclama culmina la desconfianza que desde la segunda mitad del siglo XIX despierta en las diferentes derechas (la reaccionaria, la revolucionaria y la de resistencia) el proyecto de la modernidad que sume a los pueblos europeos en la decadencia histórica (Compagnon 55; De Blas 111). Fernán Caballero señala la pérdida del temple aristocrático desde las primeras páginas de la novela: “No habéis vivido como yo en España y no conocéis el temple aristocrático de su pueblo. Mi opinión es que, como gracias a los progresos de la igualdad y fraternidad, los chocantes aires aristocráticos se extinguen, en breve no se hallarán sino en España, entre las gentes del pueblo” (*La gaviota* 13). La novedad de su estética conservadora se perfila sobre tres ejes novedosos: 1) la reivindicación de un conservadurismo que huya de la radicalidad e integre a más personas dentro de la centralidad de la monarquía y la religión; 2) la revalorización de las clases populares; y 3) el descubrimiento estético e ideológico del paisaje.

En primer lugar, Caballero acepta la narrativa fundacional del pensamiento contrarrevolucionario sobre la traición a España cometida por ilustrados, jansenistas y liberales al calor de la Revolución Francesa (63). Sin embargo, adopta un tono conciliador con los españoles moderados a fin de atraerlos a su proyecto nacionalista sustentado sobre la centralidad de la Iglesia y la monarquía. Estas dos instituciones regulan las pretensiones absolutistas y democráticas más extremas. *La gaviota* coincide con un periodo en que el conservadurismo hispano revisa planteamientos ideológicos ante los efectos políticos de las revoluciones europeas de 1848. El periódico moderado *El Herald* anuncia la novela por entregas con este propósito, pero también para denunciar la popularización de los estereotipos que los viajeros europeos divulgan sobre España. La novela recibe una grata acogida entre conservadores y liberales moderados, y el texto plasma un modelo social y político alternativo a las pretensiones revolucionarias (Burdíel, “Myths of Failure” 907). Xavier Andreu Miralles concibe *La gaviota* como una novela que encarna una doctrina en cuanto que es una respuesta moderada hacia esa importancia de “lo social” con los éxitos en ventas de *Los misterios de París* y *El judío errante* (234).

La segunda novedad es el protagonismo del pueblo español como baluarte frente a doctrinas extranjerizantes; la fuerza moral de una nación (al margen de su atraso material) reside en la veneración de sus tradiciones frente a las amenazas externas. Entre la publicación de *La gaviota* en 1849 y *Clemencia* en 1852, Caballero evoluciona hacia las posiciones neocatólicas de Balmes y Donoso Cortés. Aprecia las clases populares e inaugura una lectura mística de la pobreza del pueblo español que alcanza hasta autores como Azorín (“Fernán Caballero” 199). A su vez, es una de las autoras más críticas con todo ese imaginario nacional-popular que viajeros europeos atribuyen a una nación española “orientalizada.” Al mito romántico

de una España de toreros, bandoleros y gitanos, la gaditana responde con una imagen de Andalucía como espacio piadoso y sobrio (Miralles 338). Bajo este debate se encubre una polémica en torno a la masculinidad de la nación y si los tumultos o las barricadas para buscar un cambio social son, de verdad, el reflejo del vigor de una nación tal y como describe George Mosse en *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. La escritora, por supuesto, rechaza este tipo de interpretaciones de las festividades como reflejo de una masculinidad exaltada porque, entre otras cosas, valora (al igual que los moderados) la importancia de respetar las jerarquías tradicionales. De la misma manera que reacciona contra estas impresiones del mundo progresista, hace lo propio con la tradición viajera de los siglos XVIII-XIX que evoca el paisaje andaluz como un *locus* mítico por su clima y su fertilidad (Baltanás 234).

Cuando Stein se adentra en Andalucía proveniente del norte de España, dialoga intertextualmente con estos libros de viajes que identifican la entrada a Despeñaperros con la entrada al Jardín de las Delicias (López Ontiveros 110). El viajero alemán descubre las tradiciones del pueblo andaluz y opera como portavoz de Caballero proyectando una visión diferente de Andalucía y, por ende, de España que, hasta entonces, se asocia con los bandoleros o los toreros. La autora huye de estos estereotipos y es consciente de la potencia intelectual/emocional del paisaje sobre sus observadores en la línea de geógrafos culturales como Martínez de Pisón: “Un paisaje no es solo un lugar, es también su imagen” (17). La geografía cultural refiere como “paisajes manufacturados” a las formas de apropiación ideológica de un territorio para encajarlo dentro de un determinado molde político (Ortega Cantero 13). Caballero opera así cuando se representa el paisaje andaluz como un baluarte del tradicionalismo. Dentro de sus estampas paisajísticas se obvian las conflictividades de clase, género o etnia, y se representa a sus habitantes como una comunidad homogénea. La gaditana reemplaza las estampas exóticas de Andalucía por una descripción minuciosa de la forma de vida de su campesinado a fin de captar ese auténtico *Volksgeist* español. Este debe preservarse del afán laminador del liberalismo (*La gaviota* 76-79). Sin embargo, no hay que pensar que su romanticismo antiliberal no acepte las novedades materiales que están destinadas a paliar el atraso español. Esta es una circunstancia histórica que debe revertirse (*La gaviota* 124). En este sentido, coincide con Larra o Valera en que la adecuación tecnológica de España a la modernidad no es un problema a no ser que suponga un menoscabo del carácter tradicional español. Acepta cualquier novedad en el terreno político y social que no implique un cuestionamiento del orden natural de las cosas porque Dios no repartió sus dones con equidad.

Precisamente, esta es la tesis del cuento de Medio-Pollito con el que Dolores exhorta a los jóvenes a no desafiar la ley de Dios (79-94). Dentro de *La gaviota*, hay una aceptación del positivismo en el terreno científico, pero no se transige con la concepción historiográfica liberal de la Historia que se asienta en España con los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós y su máxima latina de *historia magistra vitae*. Eso no implica ninguna filia revolucionaria tal y como queda patente en la primera serie de los *Episodios Nacionales* donde Galdós convierte a Santorcaz en el testigo de los hechos de 1789 al mismo tiempo que denuncia la radicalidad del revolucionario Gabriel Araceli. Para España, la Historia comienza en la Guerra de la Independencia (Álvarez Junco, “La invención” 75-99). El nacionalismo liberal acepta la herencia racionalista-ilustrada y reinterpreta esta guerra como

un momento donde el pueblo español se descubre a sí mismo y se levanta en armas para defender sus libertades frente a un invasor extranjero (Dorca, “The Unbearable Lightness” 150-60).

*La gaviota* contradice esta tradición y sí que incide en la Revolución Francesa como catalizadora de un liberalismo que divide a los españoles y que ataca al catolicismo: “Por lo visto las gentes *de alta razón, los ilustrados, los que dicen ser lo más, y se tienen por los mejores*, no creen que la oración es un lazo de unión entre Dios y el hombre” (74; énfasis en el original). Desde los primeros compases de la novela, la crítica al liberalismo subyace bajo la dicotomía bueno/malo que arraiga en los pliegues de una trama cargada de símbolos. Por ejemplo, el nombre de uno de los protagonistas de la novela, el viajero Stein, significa “piedra” en alemán, y alude al apóstol Pedro como fundador de una institución que cimenta los valores de la civilización occidental (Kirkpatrick 267). El apodo de gaviota apunta al espíritu libre de María que encuentra su media naranja en el torero Pepe Vera: “Estas dos naturalezas estaban formadas para entenderse y simpatizar una con otra y que en efecto se entendieron” (*La gaviota* 288). El encuentro entre ambos amantes es posterior a la traición a su prometido Stein al que jura fidelidad escribiendo la palabra “nunca” en la arena mientras contemplan el romper de las olas (222). Santiago Pérez Isasi advierte cómo algunos personajes extranjeros funcionan en la novela a la manera de proyecciones de los valores que Fernán Caballero desea para los españoles y eso ocurre con el intachable catolicismo de Stein en contraposición a la inconsistencia de María, que apunta hacia los enciclopedistas impugnadores de un orden moral que ha regido en Occidente durante siglos (12).

En Fernán Caballero prevalece una visión realista y la voz narrativa acaba sugiriendo que la oposición Stein/María carece de sentido porque la lucha entre lo viejo y lo nuevo es un tanto intrascendente puesto que el tiempo lo borra todo. Así introduce el narrador esta idea: “Las olas se divertían en borrar las palabras que escribía María, como para parodiar el poder de los días, olas del tiempo, que van borrando en el corazón, cual ellas en la arena, lo que se asegura tener grabado en él para siempre” (*La gaviota* 223). La lucha entre liberales y conservadores pierde relevancia si se explica a los españoles que su continuidad como nación emana de una historia de valores compartidos (Pérez Viejo 269-314). Caballero acepta un trasvase de la autoridad del rey a las Cortes, pero no es ajena a cierta desunión entre los españoles y se lo achaca a los “perversos principios de la razón” promulgados por los masones (Herrero, *Los orígenes* 23). La autora gaditana rechaza el liberalismo pernicioso que amenaza la confluencia de los españoles en el amor por su rey y su religión, y de esta forma no puede sellarse una “moral nacional” que una esas dos Españas enfrentadas durante la primera guerra carlista (1833-1839).

La novela refleja esta preocupación ideológica de la escritora mediante la sinuosa existencia de Stein. El viajero huye de la guerra y su entrada en Andalucía está marcada por ese encuentro con un toro del que se desprenden múltiples interpretaciones: desde un gesto despectivo hacia esa tauromaquia ensalzada por los extranjeros y los liberales progresistas hasta el simple preludio de la futura muerte de Pepe Vera. La cuestión es que el alemán deja atrás una guerra entre hermanos y arriba al paisaje apaciguador de un pueblecito andaluz:

“No se componía como los de Alemania, de casas esparcidas sin orden, con sus techos tan campestres, de paja, y sus jardines; ni reposaba, como los de Inglaterra, bajo la sombra de pintorescos árboles; pero tenía una gran plaza, a la sazón verde como una pradera, y en ella una hermosísima iglesia; y el conjunto era diáfano, aseado y alegre” (*La gaviota* 45).

Los habitantes de Villamar viven en una paz que les diferencia de sus compatriotas madrileños, pero no tanto de los sevillanos que concilian mejor lo viejo y lo nuevo, tal y como lo interpreta Schneider: “Aquí, la sociedad se burla tanto del aferramiento a la tradición (personificado por el general Santa María) como del afán de copiar las modas más actuales (personificado por Eloísa)” (33). Entre medias de la mudanza de Stein y María Santaló a Madrid, Sevilla es un enclave intermedio que acoge un mayor capital regenerador para España en comparación con Madrid y ni que decir con Villamar. Caballero insinúa la necesidad de un movimiento centrífugo que traslade las fuerzas vivas de la nación desde la periferia a su capital. Esta revalorización de la periferia anticipa el regionalismo posterior de algunos autores del 98—como, por ejemplo, Miguel de Unamuno—cuando enfatiza el papel espiritual de ciertos territorios: “Aquí en España, cada región debe esforzarse por expansionar el espíritu que tenga, por dárselo a los demás, por dar a estas el ideal de vida civil pública que tuviere, y si no lo tiene, acaso no lo adquiriera sino buscándolo para darlo; por sellar a las demás regiones con su sello” (481-82).

La recolección etnográfica del acervo popular en *La gaviota* refleja la importancia de los elementos folclóricos en el nacionalismo español de Caballero. En este sentido, la escritora gaditana entiende que las leyendas, las tradiciones y los mitos revisten al nacionalismo de una sentimentalidad y una emotividad que permite al ciudadano identificarse de manera más eficaz con su patria (Storm 121). Los elementos costumbristas de la novela interconectan con la idea de que la nación debe revivificarse en la región y ahondar en sus esencias particulares (*La gaviota* 96). La exaltación de lo doméstico como manifestación de una españolidad más genuina no es incompatible con una visión centripeta de la Historia (Archilés Cardona 138). Esta búsqueda de una idea genuina de España empuja a la inmersión en la vida íntima del pueblo andaluz porque allí se resguarda “el sentimiento religioso, el españolismo y el amor a nuestro país y sus viejas glorias” (Herrero, *Fernán Caballero* 320). La preservación de las ruinas del monasterio custodiado por Fray Gabriel y las del alcázar por el viejo militar Modesto Guerrero importa en cuanto que son paisajes que operan como receptáculos de valores fundamentales para la supervivencia de la nación (Roca 25; Schamma 111). Estos lugares revelan el reverso imperial y católico de España como motores que la han impulsado a lo largo de la Historia (Álvarez Junco, *Spanish Identity* 19).

De ahí la complicidad de Fernán Caballero con Fray Gabriel y con su cuidado de lo que queda del monasterio al margen del magisterio espiritual que ejerce sobre Stein: “Guiado por el buen hermano Gabriel, pudo Stein admirar aquella grandeza pasada, aquella ruina proscrita, aquel abandono, que, a manera de cáncer devoraba tantas maravillas” (*La gaviota* 36). Lo mismo ocurre con el general Modesto Guerrero, que los sucesivos gobiernos isabelinos han olvidado: “No pasaba años sin que dirigiese una reclamación al Gobierno, pidiendo los reparos necesarios y los cañones y tropas que aquel punto de defensa requería” (50). La afinidad del narrador con estos personajes es patente, pero, como sugiere Patrick Gallagher, esto no impide que se les perfile con toques quijotescos como ocurre con la figura

del militar (594). Estas parodias manifiestan la inutilidad de volver a esa España del Antiguo Régimen y la necesidad de que el conservadurismo se adapte a la complejidad del período isabelino: el Estado liberal español bascula sobre la interacción entre los diversos idearios liberales y conservadores, y sobre la complicada interrelación entre aristocracia, burguesía, monarquía y parlamento (Fontana 34; Burdiel, “Los sujetos en el proceso” 149).

La muerte de Fernando VII en 1833 impulsa la entrada de nuevos grupos sociales que florecen al calor del Estado, sustentándose sobre el derecho a la propiedad: entre los reinados de Isabel II (1844-1868) y Alfonso XII (1874-1885) se fragmentan los mayorazgos; aparecen los monopolios de ferreterías y ultramarinos; y emergen hombres de negocios enriquecidos en las subastas tras la primera guerra carlista (Carr 234; Burdiel, “Old and New” 65-80). Fernán Caballero asume estas transformaciones, pero entiende—como los Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón—que la convergencia entre liberalismo y revolución no es inevitable. La construcción de un Estado-nación es una labor transversal y puede no suponer una amenaza frontal para los poderes tradicionales, especialmente durante la década moderada. *La gaviota* se alinea con el sigilo de un moderantismo que, con la complicidad de Isabel II, recorta el Estado liberal para mitigar el descontento, entre otros, del campesinado y de los propietarios que se adscriben al liberalismo doceañista, pero que se inquietan con las reivindicaciones democráticas:

With the consent of the Crown, in 1840 the moderates began a political offensive on a grand scale which included new legislation for the town councils, the reintroduction of tithes, a purge of the national militia, and even attempts to revive the former Council of State as it had been in the final stages of absolutism. (Burdiel, “Old and New” 78)

Las ruinas del convento y del fuerte ilustran metafóricamente la muerte del pasado y Fernán Caballero lo achaca también a la herencia del período fernandino (1814-1833) que no satisface ni las expectativas de la aristocracia más absolutista, ni las del abanico liberal (71). Es obvio que Fernán Caballero agradece la década moderada tras el tumultuoso bienio esparterista (1840-1842) y también entiende que el liberalismo de la década de 1830 ha aminorado las propuestas doceañistas. En torno a 1840, es posible una refundación del conservadurismo como ideología que abarque a los españoles más moderados bajo el paraguas de la religión y la monarquía como claves de bóveda del edificio nacional (López, “Hacer patria” 5-8). Al margen quedan personajes anacrónicos, como la marquesa de Guadalcanal a la que Fernán Caballero no duda en ridiculizar por el orgullo que siente por su alcurnia y en contraste con su admirado duque de Almansa que sí encarna un espíritu aristocrático más adaptado a la realidad (*La gaviota* 137). De todas maneras, el protagonismo político del duque es un tanto inverosímil ya que, en tiempos de la autora, el porcentaje de diputados con títulos nobiliarios es nimio (Burdiel, “Myths of Failure” 892-912). La cuestión es que la publicación de *La gaviota* ocurre en una atmósfera en la que es viable un pacto político entre sectores de la nobleza, la emergente clase media y el ejército. El enemigo común son los desmanes revolucionarios y el precedente del alzamiento carlista (903). Existe la posibilidad de aunar a todos estos grupos bajo una noción de españolidad consensuada, por supuesto, por el imperativo moral de la tradición.



Para Fernán Caballero, esta españolidad tradicional exige la identificación de un antagonista; es decir, una anti-España. Por supuesto, dentro de este paradigma hay un amplio grupo de liberales, pero también de carlistas. En cualquier caso, los verdaderos enemigos son los liberales que descienden de esas élites afrancesadas que traicionaron al pueblo español: “The popular classes, the eternal bearer of national essences, have saved the fatherland when the cosmopolitans and treacherous elites had it abandoned to foreign invaders” (Álvarez Junco, *Spanish Identity* 17). A los carlistas, se les achaca su radicalidad violenta comparable a la de los republicanos, pero no se les culpa de haber envenenado la identidad española. Los carlistas no representan el peligro del liberalismo a la hora de socavar el control de las instituciones que han regido siempre en España (Álvarez Junco, “La invención” 88). La fobia antiliberal vertebró la novela y la anti-España asoma en detalles como los elogios hacia esos “caldos sustanciosos” de la tía María sin seguir la ciencia de Brown (*La gaviota* 26). El liberalismo desespañoliza la nación porque rebautiza calles y plazas con los símbolos constitucionales que son ajenos a la realidad popular. Así queda patente cuando el maestro y el alcalde colocan la placa constitucional:

Encaramado allí el pobre maestro estaba tan turulato acordándose de lo de marras, que no pensó sino en despachar pronto; y así es que las últimas letras en lugar de tener un pie tan alto como las otras, no tienen más que una pulgada; y no es esto lo peor, sino que con la prisa se quedó una letra en el tintero y el letrero dice ahora LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN. (*La gaviota* 47)

A través del ascenso y la caída de María Santaló (“la gaviota”) en medio de una trama adultera, se interpela al lector para que rehuya de los valores liberales como motores de su existencia. Su trayectoria vital discurre en un contexto donde emerge una nueva noción del trabajo como instrumento para adquirir prestigio social y en contraposición con lo que Hannah Arendt define como labor: si esta última se adscribe más a las actividades vinculadas con los procesos biológicos del ser humano, el trabajo alude a las actividades que proporcionan el acceso a un artificial mundo de cosas creado y diferenciado de la naturaleza (35). El concepto de labor se plasma en los *rural labourers*, los que John Gagliardo define como: “those who live in the country and practice agriculture themselves as their life’s work” (19). *La gaviota* describe la economía latifundista de Andalucía y tiende a representar a la aristocracia rural de manera afable en sus relaciones con los arrendatarios y los miembros de las clases inferiores. En sus *Recuerdos de Fernán Caballero* (1949), el Padre Coloma testimonia el carácter autobiográfico de estas descripciones del mundo rural y evidencia el desdén de Fernán Caballero hacia los profesionales liberales o los hombres de familia de modestos recursos que provienen de las clases medias. En definitiva, los nuevos grupos sociales que contraponen la noción de trabajo frente a la de labor y que acogen a “la gaviota” cuando salta al medio urbano.

María Santaló ejemplifica la tragedia de una mujer rural que, gracias a su don para el canto, puede “volar” hacia ciudades que poco tienen que ver con su hábitat natural. Caballero desapruueba este movimiento repitiendo el sonsonete característico: “Gaviota fuiste, gaviota eres, gaviota serás” (*La gaviota* 309). Parte de la trama de la novela se zambulle en un debate de raigambre ilustrada sobre si es posible modificar la naturaleza humana, y en la novela la

respuesta es negativa porque la tentativa de María Santaló desemboca en una catástrofe. *La gaviota* traiciona al *Volkgeist* español porque su don para el canto no es una cualidad personal sino un rasgo inherente del tronco popular: “El pueblo andaluz tiene una infinidad de cantos; son estas boleras ya tristes, ya alegres; el olé, el fandango, la caña, tan linda como difícil de cantar, y otras con nombre propio, entre las que sobresale el romance” (96). María Santaló encarna esa razón liberal que se preocupa solo por la salvación del individuo y que desoye el espíritu de los pueblos (*Volkgeist*). *La gaviota* (1849) anticipa a *La Alpujarra* (1879) de Pedro Antonio de Alarcón y a *Don Gonzalo González de la Gonzalera* (1879) de José María Pereda en ese temor antimoderno por que el espíritu exógeno del liberalismo destruya la patria. Por ejemplo, este acoplamiento de la voz de “la gaviota” a los gustos extranjerizantes (la ópera italiana) para satisfacer al público madrileño ahonda en la traición a la patria y también altera el ser natural de las cosas.

La conversión de María Santaló en una figura pública no concuerda con la cada vez más creciente tradición urbana de considerar al campesino como poco más que un animal o un “canario.” Así llama la tía María a la protagonista en un pasaje de la novela (*La gaviota* 95). María Santaló abandona su posición como receptáculo de valores tradicionales y, bajo el mecenazgo del duque de Almansa, asume una concepción liberal del trabajo que pervierte su naturaleza originaria y mercantiliza sus relaciones hasta el punto de arrastrarla al adulterio o la inasistencia al funeral de su padre. Esta deriva moral de “la gaviota” alcanza su cenit cuando la convulsa necesidad de recibir reconocimiento del público reemplaza a la remuneración económica. Este comportamiento responde a una lógica burguesa:

De lo que resulta evidente que la admiración pública y la recompensa monetaria son de la misma naturaleza y pueden convertirse en sustitutas una de otra. También la admiración pública es algo que cabe usar y consumir, y la posición social, como diríamos hoy día, llena una necesidad como el alimento lo hace la otra; la admiración pública es consumida por la vanidad individual como el alimento por el hambriento. (Arendt 76)

El espíritu mercantilista de la modernidad enferma a “la gaviota” desde el momento en que obvia que su don para el canto no puede constituirse en lo que Hannah Arendt define como un trabajo; el canto es un rasgo biológico que, junto al baile, las festividades o la devoción religiosa, plasman cómo el pueblo español se evade de sus estrecheces materiales y no cae así en la sequedad de carácter de otros países europeos. El pecado de María Santaló es arrancar estas formas íntimas del ser popular del seno de la patria y prostituirlas con propósitos espúreos. El castigo providencial que recibe contrasta con el discurrir existencial de su esposo Stein cuando ambos encuentran al duque de Almansa herido en el bosque. Después de que el médico germano lo sane, el aristócrata les ofrece la posibilidad de promocionarse profesionalmente en Sevilla: “Entre los dos poseéis cuanto es necesario para abrirse camino en el mundo. ¿Y queréis permanecer enterrados en la oscuridad y el olvido? No puede ser el no hacer participar a la sociedad de vuestras ventajas” (*La gaviota* 142). Stein rechaza la proposición y continúa recluido en la aldea andaluza mientras que María Santaló viaja a Sevilla y Madrid junto a su mecenas para desarrollar su carrera musical.

La oposición metafórica entre la corrupción de María Santaló contrasta con el ascetismo de Stein por el que Fernán Caballero tiene simpatía, aunque sin caer en la devoción absoluta. De hecho, al margen de la oposición moral y geográfica (norte/sur), hay también un choque trágico entre el conservadurismo más idealista representado por Stein y la nueva cultura liberal en la que se inscribe su esposa. Entre ambos personajes afloran algunas figuras secundarias como el duque de Almansa, que encarna ese justo medio apreciado por el narrador. Así lo sugiere Dorca al identificar al duque con el liberalismo moderado: “Es significativo que el autor implícito se incline a favor de dos personajes afiliados al liberalismo moderado, los cuales apoyan además abiertamente la causa del gobierno” (“El pensamiento reaccionario” 410). Este aristócrata modélico es ministro de guerra durante la primera regencia de María Cristina (1833-43) y en las tertulias considera que “para sostener el equilibrio en ese nuestro globo es preciso que haya gas y que haya lastre” (*La gaviota* 260). Sus posicionamientos políticos chocan con las tendencias ultras de rechazo a “las ideas de este siglo.”

Entre esta disparidad de personajes perfila Fernán Caballero un conservadurismo que, considerando el mito del progreso como esa “linterna que ensombrece todos los objetos de conocimiento,” necesita adaptarse a estos reversos oscuros de la modernidad (Baudelaire 86). Frente a la mudanza y el artificio del liberalismo, la novela proclama la importancia del catolicismo y del pueblo como categorías trascendentales que han de protegerse porque han asegurado la unidad histórica de la patria. Los españoles están ahora divididos entre el carácter fluctuante y materialista de María Santaló y la solidez ética de Stein; entre medias, la voz del narrador entiende que es imposible la restitución de la España del pasado y que tampoco hay que asumir en su totalidad los cambios externos. Ahí entra en juego la actitud antimoderna de Caballero porque desdeña cualquier regresión y resiste a la modernidad con una respuesta cínica que, al margen de la crítica despiadada, opta también por influir en el proyecto de modernización español. La gaditana considera que los derechos naturales reivindicados por los modernos chocan con la inherente desigualdad de la naturaleza (Compagnon 106). Cualquier resquicio de justicia y equidad solo es posible mediante la mediación de la tradición o instituciones como la Iglesia o la monarquía. Este espíritu antimoderno no alcanza la radicalidad de afamados pesimistas como Baudelaire o Nietzsche, pero sí apunta a la trascendencia del rey o la religión como bastiones del Occidente europeo ante el cada vez mayor protagonismo del socialismo dentro del *mare magnum* de 1848. Fernán Caballero propone un conservadurismo que aglutine a los españoles a partir del valor de la religión y la monarquía como engarces que garantizan la unidad nacional sin que esto suponga un menoscabo para la nación a la hora de aceptar novedades materiales e ideológicas.

## Notas

<sup>1</sup> El prestigioso Alberto Lista hace una retrospectiva de la polémica de *La Querella calderoniana* que divide a escritores partidarios y detractores del romanticismo. Así sintetiza esta polémica en uno de sus artículos en el periódico gaditano *El Tiempo* (1838-1840):

Algunos lo disculpan [el desprecio que los románticos sintieron hacia los clásicos], observando que ésta es una reacción propia de la época, en venganza de la injusticia con que sus contrarios los clásicos desconocieron en el último tercio del siglo pasado el mérito de nuestros escritores dramáticos del siglo XVII. Nosotros somos los primeros en censurar esa injusticia, pero ¿cuándo se ha visto que la iniquidad de un partido santifique la reacción del opuesto? *Tú has despreciado a Calderón y Lope, pues yo desprecio a Corneille y a Racine*. Esta es la lógica de las verduleras. ¿Conviene a los hombres que tratan de literatura y de crítica literaria? ¿No sería mucho mejor que celebráramos en cada uno sus aciertos y censuráramos sus faltas? (36-37)

<sup>2</sup> Las elogiosas reseñas de Eugenio de Ochoa acrecientan el prestigio de Fernán Caballero entre 1849 y 1868, y anticipan su progresiva canonización como autora de culto por el conservadurismo isabelino y especialmente en la figura del ministro neocatólico Cándido Nocedal. En las “Reflexiones de Schlegel sobre el teatro,” el padre de la escritora había denunciado ya los peligros de la novela como vehículo de ideas disolventes y posteriormente las novelas de nuestra escritora se convierten en el parangón del buen uso de este género literario. En ese sentido, Caballero sigue el ejemplo de otros autores católicos franceses en la propagación de ideas conservadoras dentro del sector más conservador del moderantismo isabelino. Durante la década moderada cuenta con el apoyo de políticos, académicos, periodistas, que son antiguos liberales doceañistas ahora proclives de doctrinas más conservadoras y con cargos relevantes en la política y la academia. Este grupo de liberales moderados no conforma una verdadera élite con un proyecto sólido para el país a la manera de lo que serían, por ejemplo, los krausistas.

<sup>3</sup> El romanticismo abre la puerta a un lector femenino y *La gaviota* coincide con el impulso de la ficción doméstica de Pilar Sinués, Angela Grassi o Faustina Sáez, tal y como reflejan los trabajos de Íñigo Sánchez-Llama, Mercedes Comellas y Alda Blanco. Fernán Caballero se aísla de esta tradición con un seudónimo tras el que esconde su vulnerabilidad femenina a la par que reivindica una españolidad honesta y varonil. Lo que sí es verdad es que sus reflexiones sobre la noción de autoría son difíciles de entender sin su fatal atracción por George Sand (1804-1876). La escritora francesa vivía con la misma libertad que un hombre y también se rodea de un importante círculo de apoyos varoniles en su carrera literaria (Comellas 67-69). Caballero, por el contrario, no cuenta con apoyos tan notorios. A la irrupción de *La gaviota* responden Eugenio de Hartzenbusch o Cándido Nocedal y este último, especialmente, tras los ataques que recibe la autora durante el Bienio Progresista. De donde no recibe apoyo alguno es del mundo carlista, donde Pereda critica su exceso de sentimentalidad. Curiosamente sí recibe elogios de un liberal prestigioso como el escritor Juan Valera: “La novela se lee con placer y aplauso y no puede menos de discutirse el indisputable talento de la autora a pesar de sus disertaciones religiosas y políticas” (85-86).

## Obras citadas

- Álvarez Junco, José María. “La invención de la Guerra de la Independencia.” *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. XII, 1994, pp. 75-99.
- . *Spanish Identity in the Age of Nations*. Manchester UP, 2011.
- Archilés Cardona, Ferrán. “Hacer región es hacer patria. La región en el imaginario de la nación española de la Restauración.” *La construcción de la identidad regional en Europa y España*, Comp. Xosé Núñez Seixas, Marcial Pons, 2006, pp. 121-47.
- Arendt, Hannah. *La condición humana*. Paidós, 2005.
- Azorín, José Martínez. “Fernán Caballero.” *Obras completas*, vol. I, Aguilar Editores, 1975, pp. 197-200.
- Baltanás, Enrique. *La materia de Andalucía: el ciclo andaluz en las letras del siglo XIX y XX*. Fundación José Manuel Lara, 2003.
- Baudelaire, Charles. “Exposition Universelle.” *Oevres Complètes*, tomo I, Gallimard, 1975-1976, p. 86.
- Berlín, Isaiah. *Las raíces del Romanticismo*. Taurus, 2015.
- Blanco, Alda. *Escritoras virtuosas. Narradoras de la domesticidad en la España isabelina*. Universidad de Granada, 2001.
- Burdiel, Isabel. “Old and New Liberalism: The Making of the Liberal Revolution, 1808-1844.” *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. LXXV, 1998, pp. 65-80.
- . “Myths of Failure, Myths of Success: New Perspective on Nineteenth-Century Spanish Liberalism.” *The Journal of Modern History*, no. 70, 1998, pp. 892-912.
- . “Los sujetos en el proceso revolucionario español del siglo XIX: el papel de la prosopografía histórica.” *Historia Contemporánea*, nos. 13-14, 1996, pp. 149-56.
- Caballero, Fernán. “Álbum literario.” *Obras Completas*, Tomo II, Ediciones Atlas, 1961, p. 203.
- . *La gaviota*. Bruguera, 1981.
- Cantos Casenave, Marieta. “El patriotismo constitucional de una mujer gaditana: Frasquita Larrea (1775-1838).” *La ilusión constitucional: pueblo, patria, nación. De la Ilustración al Romanticismo. Cádiz, América y Europa ante la modernidad (1750-1850)*, editado por Alberto Ramos Santana, Servicios de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2004, pp. 129-42.
- Carr, Raymond. *Spain 1808-1975*. University of Oxford, 1982.
- Coloma, Padre. *Recuerdos de Fernán Caballero*. Razón y Fe, 1949.
- Comellas, Mercedes. “Fernán Caballero y el modelo autorial femenino.” *Mujeres, arte y poder: el papel de las mujeres en la transformación de la literatura y las artes*, editado por Ana María Aranda Bernal, Mercedes Comellas Aguirrezabal y Magdalena Illán Martín, Ayuntamiento de Sevilla, 2019, pp. 65-85.
- Compagnon, Antoine. *Los antimodernos*. Acantilado, 2007.
- De Blas, Andrés. *Historia de las derechas españolas: De la Ilustración a nuestros tiempos*. Biblioteca Nueva, 2000.
- Dorca, Toni. “El pensamiento reaccionario ante el concepto de nación: Fernán Caballero y *La gaviota*.” *Lecturas del pensamiento filosófico, político y estético: actas XIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*, coordinado por María del Carmen García Tejera, 2007, pp. 403-16.

- . "The Unbearable Lightness of Being a Nation: The Peninsular War in Galdós's Historical Fiction." *Intersections of Race, Class, Gender and Nation in Fin-de-siecle Spanish Literature and Culture*, editado por Jennifer Smith y Lisa Nalborne, Routledge, 2017, pp. 149-64.
- Fontana, Josep. *Capitalismo y democracia 1756-1848: cómo empezó este engaño*. Crítica, 2019.
- Gagliardo, John. *Germany under the Old Regime 1600-1790*. Longman, 1991.
- Gallagher, Patrick. "Politics and the Formation of National Identity in Cecilia Boehl's *La gaviota*." *Letras Peninsulares*, vol. 17, num. 3, 2004, pp. 591-610.
- Gómez Díez, Francisco Javier. "Menéndez Pelayo y su intervención en la política española." *Revista Mar Oceana*, no. 31, 2012, pp. 41-51.
- González Cuevas, Pedro. *El pensamiento político de la derecha en el siglo XX: desde la crisis del Estado de partidos*. Biblioteca Nueva, 2000.
- González Troyano, Alberto. "La iniciación de la novela realista decimonónica: *Fernán Caballero*." *Historia de la literatura española. Siglo XIX*, Tomo I, Espasa Calpe, 1996, pp. 656-75.
- Herrero, Javier. *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*. Alianza Editorial, 1968.
- . *Fernán Caballero: un nuevo planteamiento*. Gredos, 1963.
- Kirkpatrick, Susan. "Denying the Self. Cecilia Boehl and *La gaviota*." *Las Románticas. Women Writers and Subjectivity in Spain, 1833-1850*, U of California P, 1989, pp. 244-78.
- Langa Laorga, María Alicia. "Fernán Caballero: El reflejo de una época." *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, vol. VIII, 1986, pp. 141-61.
- Lista, Alberto. *Lecciones de Literatura Española*. Librería de José Cuesta, 1853.
- López, Ignacio Javier. "Hacer patria: historia, arte y nación." *Ínsula*, no. 641, 2000, pp. 5-8.
- . *La novela ideológica (1875-1880): La literatura de ideas en la España de la Restauración*. Ediciones de la Torre, 2014.
- López Ontiveros, Antonio. "La entrada en el 'Paraíso' andaluz por Despeñaperros." *Sociedad Geográfica Española*, no. 26, 2007, pp. 100-13.
- Maistre, Joseph de. "Considérations sur la France." *Écrits sur la Révolution*, Puf, 1989, p. 107.
- . *Essai sur le principe générateur des constitutions politiques et des autres institutions humaines*. Les Belles Lettres, 1959.
- Martínez de Pisón, Eduardo. *Estudios sobre el paisaje*. Univ. Autónoma de Madrid, 2000.
- Miralles, Xavier Andreu. *El descubrimiento de España. Mito romántico e identidad nacional*. Taurus, 2016.
- Mosse, George L. *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*. Oxford UP, 1996.
- Ortega Cantero, Nicolás. *Naturaleza y cultura del paisaje*. Univ. Autónoma de Madrid, 2004.
- Pérez Isasi, Santiago. "La representación de los personajes extranjeros en las novelas de Fernán Caballero: Estereotipos, ideología y estructura narrativa." *Revista Digital del Grupo de Estudios del siglo XVIII*, no. 17, 2011, pp. 1-14.
- Pérez Viejo, Tomás. *La España imaginada*. Galaxia-Gutenberg, 2015.

- 
- Quiroz Taub, María L. “Estética literaria alemana en *La gaviota*.” *Decimonónica: Revista de producción cultura hispánica decimonónica*, vol. 7, no. 1, 2010, pp. 21-35.
- Roca, Zoran. *Landscape, Identities and Development*. Ashgate Publishing, 2011.
- Sánchez-Llama, Iñigo. *Galería de escritoras isabelinas: la prensa periódica entre 1833 y 1895*. Cátedra, 2000.
- Schamma, Simon. *Landscape and Memory*. Vintage Books, 1995.
- Schneider, Lars. “Entre las dos Españas: sobre el lugar ideológico de *La gaviota* de Fernán Caballero.” *Ibero*, no. 79, 2014, pp. 17-37.
- Storm, Eric. *La construcción de las identidades regionales en España, Francia y Alemania (1890-1939)*. U Complutense, 2019.
- Unamuno, Miguel de. “Su majestad la lengua española.” *Obras Completas*, Tomo IX, ed. Ricardo Senabre, Turner, 1999, pp. 481-82.
- Valera, Juan. *Obras Completas*. Aguilar, 1942.
- Varela, José Luis. “Fernán Caballero y el *volkgeist*.” *Arbor*, no. 379-380, 1977, p. 23-28.
- Zavala, Iris. *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Anaya, 1971.